

11. FRAY ANTONIO GONZÁLEZ PENÍN

El más infeliz de la comunidad



Así lo definió el padre José Reñé. Que es casi lo mismo que decir que era hondamente piadoso, obediente, humilde, extraordinariamente mortificado, severo consigo mismo pero afable y servicial con los demás, buen fraile, tan edificante que *corregía con su modestia y compostura*. Sirvió como portero, sacristán, sastre... sobre todo como cocinero, asumía este servicio como su medio de santificación, pero también con destreza, *siendo voz común en la Provincia que ni en su tiempo ni después ha habido otro que le aventajara*, y eso con tan nimiedad que no permitía que algo se desperdiciara ni se comía algo fuera de hora, siendo en eso tal su observancia que *imponía aún a los mismos padres y nadie en su presencia se extralimitaba a tomar a deshora algún alimento*. Causaba por su virtud parecido o mayor respeto y veneración que sus superiores mayores por su autoridad. Mas no sólo eso, pues *cumplía con perfección cuando oficios se le confiaban*, sobre todos los más humildes. *Parece que poseía el arte de transformar, siempre mejorándolas, las cosas*

que pasaban por sus manos. El padre Bienvenido Lahoz lo define: *muy serio y devoto, poco hablador, muy recto en sus juicios; se distinguía mucho en el servicio de la cocina*.

Pues bien, este infeliz nació en San Salvador de Rabal (Orense) el 1 de marzo de 1864, de Ramón y Josefa, y fue bautizado al día siguiente. Vistió el hábito de mercedario descalzo en Toro el 30 de enero de 1887 de manos del padre Juan García, cumpliendo su noviciado en Toro, donde profesó los votos simples el 24 de junio de 1888 y los solemnes el 5 de julio de 1891.

Estaba en la comunidad de Herencia cuando obtuvo licencia para pasar a la Merced calzada. Mandado a El Olivar, vistió nuevamente el 27 de abril de 1896 de manos del padre Luís Prat, el que recibiría sus votos simples el 27 de abril de 1897, ante los padres Florencio Nualart y Mariano Flores. El 11 julio de 1897 fue desde El Olivar para San Ramón. El 19 de julio de 1899 era mandado desde Lérida a El Olivar, regresando a Lérida el 24 de diciembre de ese mismo año. Mas otra vez estaba en El Olivar cuando los días 26 y 27 de abril de 1900 realizaba la visita canónica el padre provincial fray Florencio Nualart Llobet. Emitió la profesión solemne el 3 de junio de 1900 ante el padre Mariano Pina, Ramón

Martín y Pascual Tomás; había sido escrutado el 3 de abril. Seguía en El Olivar cuando el provincial padre Florencio Nualart desarrolló la visita los días 26 y 27 de abril de 1900. Y entre el 6 y el 10 de abril 1902 cuando el padre Nualart realizó nueva visita. Estaba en El Olivar cuando la visita provincial del padre Mariano Alcalá, habida entre el 18 y el 22 de agosto de 1904. Estuvo ocho años en El Olivar. En la mesa de su celda tenía una calavera para aprender del libro de la muerte, significando con buen humor: *Si quieren entrar en mi celda, les enseñaré el espejo de luna que allí tengo*.

El 16 de marzo de 1906 marchó a Palma desde El Olivar. Se hallaba en Mallorca cuando la visita provincial del padre Mariano Alcalá, que discurrió del 16 al 22 de septiembre de 1906; con él compartían otros dos hermanos, Ramón Jordana y Cipriano Lobo... que llevaban todo el servicio de sacristía, cocina, hasta un gallinero. En 1907 andaba delicado, pues se le compró una gallina, como reconstituyente. En 1908 se arregló los callos y se le proporcionó vino blanco. En agosto de 1909 tomó baños calientes; seguía cuando nuevamente visitó la comunidad canónicamente, del 24 al 29 de noviembre, el padre provincial padre Alcalá. Se constata en la Pascua de 1910. En 1911 le fue extraída una muela, y participaba en la visita canónica provincial del padre Alcalá de los días 3 y 4 de mayo. En 1912 se le compraron cien gramos de carne. El año 1915 seguía en Palma. Estuvo en la visita canónica del provincial padre Pascual Tomás, del 26 de marzo al 15 de abril de 1917. En 1919 se le compró agua de Vichí. Seguía en 1920. El año 1921, desde el 22 de abril a 4 de mayo, compartió la visita canónica del provincial Alberto Barros.

Pero en septiembre de 1921 salió, sustituido por fray Juan Felip, recalando en Barcelona, hasta el martirio, no obstante que pocas veces se le menta en los libros comunitarios. Sólo el 17 de abril de 1929, el 9 de mayo de 1934 en el informe provincial sobre la Provincia. Josefa Mayoral, que lo veía a diario, pues se suministraba de su negocio, lo significa como muy obediente, cumplidor fidelísimo de su deber de cocinero como su medio de santificación, aprovechador al máximo de cuanto pasaba por sus manos. A lo que añade su hijo Magín, que también lo trató a diario veinte años, incluso llevándole cosas a la cocina e intimando mucho con él, se hace lenguas presentándolo muy humilde, comprensivo, atento a consolar a los afligidos, muy sufrido pues no obstante tener enferma una pierna y caminar con dificultad, no dejaba de ir cada día a la compra.

En efecto en sus últimos años, llevándolos con gran conformidad, sufrió fuertes dolores reumáticos. Se le inflamaban las piernas, teniendo que guardar cama por orden médica en contra de su voluntad. Hasta el final, con setenta y dos años, anciano y achacoso, hacía la compra, preparaba la comida para todos y era el primero en acudir a la oración de la mañana, a la Eucaristía y a los demás actos comunitarios, de ninguno se dispensaba si no es que tenía que estar en la cocina y entonces los realizaba a otras horas. En los últimos años vestía de seglar para salir a comprar, más su porte modesto y digno lo delataban.

Al deshacerse la comunidad, se refugió en casa de Antonio Ricart y Josefa Mayoral, plaza del Buensuceso número 5, desde donde pudo contemplar, con harto dolor y lágrima, la profanación y quema de imágenes sagradas, ornamentos, muebles, bancos, hábitos..., sobre todo sufrió viendo el destrozo de las imágenes de Cristo agonizante y de la Virgen de la Merced. *Virgen santa, Madre mía —exclamaba— ampáranos que nosotros no sabemos qué hacer*. Allí llevaba una vida extremadamente piadosa, siempre con el rosario en la mano y rezando, muy resignado, abandonado a la divina providencia.

Porque empezaron las pesquisas buscando a los mercedarios, a los pocos días, se fue a casa de mosén José Tolosa, calle Sepúlveda, número 159. Con el sacerdote vivía su sobrina Teresa Monné, que tratara a nuestro hermano muchos años y lo califica de *buena persona*. Cuenta cómo vino de casa Ricart, cómo se pasaba el tiempo orando, pendiente de todo y retirado en su cuarto, lamentando estar separado de sus hermanos de religión. Cerca de quince días después, el 9 de agosto de 1936, sobre las diez de la noche, se presentaron numerosos milicianos y otras personas buscando a dos curas; hicieron levantar al hermano de la cama, preguntado quién era, afirmó ser religioso mercedario. Le preguntaron, con halagos y promesas primero, por el paradero de los otros frailes, porque les dijo que no sabía nada, empezaron a maltratarlo de palabra y obra, lo golpeaban contra las paredes de la habitación, le daban golpes de fusil, le encajaban blasfemias y obscenidades, le hacían marcar el paso. Lo mismo a mosén Tolosa. Hartos de la carnicería, se marcharon los milicianos, dejándoles llenos de golpes en el cuerpo y la cabeza, y encareciéndoles que no se movieran, pues iban a volver. Esta espera la pasaron en oración y preparándose para el martirio. Volvieron dos mozalbetes al cabo de una media hora; de nuevo inquirieron acerca del paradero de los otros frailes y porque nada pudieron saber, de nuevo los maltrataron y los arrojaron hacia

la puerta diciendo: *Vamos; ya nos encargaremos de que canten*. Se los llevaron en un vehículo, siendo entre la una y las dos de la madrugada. Al día siguiente aparecieron los dos cadáveres en el depósito del Clínico, irreconocibles. Costó identificarlos, fray Antonio estaba horriblemente mutilado a golpes de arma de fuego, teniendo un ojo arrancado, fracturas en ambas piernas, la boca destrozada, cercenados los genitales. Lo habían rematado con golpes en el tórax. Entró en el depósito a las cinco de la mañana del 10 de agosto.